
INTRODUCCIÓN

EL PODER DE LA DEBILIDAD Y LA DEBILIDAD
DEL PODER: POR QUÉ EUROPA LIDERARÁ EL
SIGLO XXI

En medio de Pennsylvania Avenue, en Washington, una mujer de mediana edad con la cara curtida por la intemperie y una peluca marrón está sentada sobre una caja de botellas de leche. Rodeada de pancartas pintadas a mano llamando al desarme nuclear, Concepción Picciotto entrega sus folletos de fabricación casera a cualquier transeúnte que se detenga a escucharla. Esta excepcional mujer lleva veintiún años haciendo guardia delante de la Casa Blanca noche y día, durmiendo sentada tres horas por noche para no infringir las estrictas leyes de Washington DC contra la mendicidad. Resulta imposible no sentirse conmovido por su convicción y rectitud moral; resulta igualmente imposible no sentirse deprimido por la futilidad de una causa que le ha robado los mejores años de su vida.

A la mayoría de los estadounidenses no les cuesta mucho suponer que Concepción es europea. Consideran la creencia de Europa en las instituciones y el dere-

cho internacional tan débil y poco práctica como la fe de Concepción en la paz mundial, es decir, como algo ilusorio, un lujo que el Estados Unidos posterior al 11 de septiembre no puede permitirse. De hecho, Concepción representa para muchos la pura esencia de la actitud europea: perezosa, idealista, débil y aprovechada; vive de la ayuda económica y alimenticia estadounidense y disfruta de la protección del Departamento de Policía de Washington sin contribuir ni un céntimo a sufragar su manutención. A pesar de ello, tiene la osadía de sentarse a las puertas de la Casa Blanca y quejarse de la forma en que sus proveedores y protectores deciden conducirse a sí mismos.

Y lo que es más, muchos europeos estarían de acuerdo. La opinión ortodoxa es que el momento de Europa ya ha pasado. Su falta de visión, sus divisiones, su obsesión por los marcos legales, su renuencia a desarrollar su poder militar y su anquilosada economía contrastan con un Estados Unidos más dominante aún que Roma en la cúspide de su poder imperial y sin temor a emplear la fuerza para salirse con la suya. Se nos dice que será el imperio estadounidense el que domine los próximos cincuenta años, y que luego serán los chinos y los indios los que tomen el relevo y dominen durante la segunda mitad de este siglo.

Pero el problema no es Europa: es nuestra trasnochada idea del poder.

LA DEBILIDAD DEL PODER

A pesar de todo lo que se dice del imperio estadounidense, los dos últimos años han constituido sobre todo

una demostración de los límites del poder de Estados Unidos. El liderazgo económico de Estados Unidos sobre el resto del mundo ha desaparecido (en 1950 su PIB era el doble que el de Europa Occidental y cinco veces el de Japón; hoy en día es igual al de la Unión Europea y menos del doble que el de Japón¹) y su poder político se está desvaneciendo (su fracaso a la hora de asegurarse el apoyo de los europeos e incluso de países tan económicamente dependientes de Estados Unidos como México y Chile demostró que el precio de decir no a Estados Unidos se está abaratando). De hecho, el dominio estadounidense sólo está claro en dos aspectos: la capacidad de luchar y vencer en las guerras convencionales intensivas y la ubicuidad de su cultura popular². Joseph Nye ha caracterizado estos dos tipos de poder como «duro» y «blando»: la capacidad de conseguir lo que se quiere por la vía de la coerción y de la atracción, respectivamente³. Ambas monedas están perdiendo valor.

El terrorismo y las armas de destrucción masiva permiten a los desesperados y a los débiles neutralizar la maquinaria del poder militar de la superpotencia⁴. Y al calificar constantemente a algunos países como «Estados delincuentes» y amenazarlos con ataques militares, el gobierno de Bush en realidad los está animando a adoptar estas tácticas. Por otra parte, cuanto más se obsesiona el gobierno con el poder duro, más erosiona el poder blando de Estados Unidos, reemplazando su imagen de país salvador por el miedo a la inestabilidad que está causando su guerra contra el terror. Como dice David Calleo: «Donde la promiscua Europa ve un mundo en el que todos son potenciales amigos, el marcial Estados Unidos vive en un mundo en el que cualquier potencia

independiente es un posible enemigo»⁵. La paradoja consiste en que cuanto más desprecia su fuerza este imperio de dos caras, menos capaz es de conseguir sus objetivos en la escena mundial.

Para comprender el marco del siglo XXI, es necesaria una revolución que cambie nuestra forma de entender el poder. La retórica ampulosa dirigida al «imperio estadounidense» olvida el hecho de que el alcance de Estados Unidos (militar y diplomáticamente) es superficial y limitado. La aislada superpotencia puede sobornar, intimidar o imponer su voluntad en casi todas las partes del mundo, pero en cuanto se da la vuelta, su poder decae. La fuerza de la Unión Europea, por el contrario, es amplia y profunda: una vez absorbidos por su esfera de influencia, los países cambian para siempre. Durante cincuenta años, bajo el manto protector de Estados Unidos, Europa ha ido creando una «comunidad de democracia» y utilizando su tamaño de mercado y su promesa de vinculación para remodelar las sociedades desde dentro. A medida que India, Brasil, Sudáfrica e incluso China avancen económicamente y se expresen políticamente, el modelo europeo representará una forma cada vez más irresistiblemente atractiva de aumentar la prosperidad al tiempo que se protege la seguridad. Todos ellos se unirán a la Unión Europea para construir «un Nuevo Siglo Europeo».

EL PODER DE LA DEBILIDAD

Si escribimos las palabras «Europa» y «crisis» en el buscador Google de Internet, aparecen más de cuatro

millones de entradas. Los periódicos las han utilizado juntas tan a menudo que son casi intercambiables: a lo largo de los últimos cincuenta años, la prensa ha escrito todos los días sobre sus divisiones, sus fracasos a la hora de cumplir objetivos, sus conflictos diplomáticos y su constante sentimiento de frustración. Pero la interpretación de los historiadores es muy diferente a la de los periodistas. Describen un continente con una de las políticas exteriores más exitosas de la historia. Nos cuentan que, en sólo cincuenta años, la guerra entre potencias europeas se ha convertido en algo impensable, que las economías europeas han igualado a la estadounidense y que Europa ha visto cómo, en oleadas sucesivas, numerosos países salían de la dictadura y entraban en la democracia.

Cuando miran un mapa del mundo, describen una zona de paz que se extiende como una marea azul, desde la costa oeste de Irlanda hasta el este del Mediterráneo y desde el Círculo Ártico hasta el estrecho de Gibraltar, absorbiendo nuevos miembros a medida que avanza. Y alrededor de este mapa azul de la Unión Europea (que abarca a más de 450 millones de ciudadanos), describen otra zona de 385 millones de personas que comparten fronteras terrestres y marítimas con la Unión Europea. En torno a ellos, otros 900 millones de personas están umbilicalmente unidas a una Unión Europea que es su principal socio comercial y su mayor fuente de crédito, inversión exterior y ayuda. Estos dos mil millones de personas (un tercio de la población mundial) viven en la «Euroesfera», la zona de influencia de Europa, que gradualmente va siendo transformada por el proyecto europeo y adoptando la forma europea de hacer las cosas⁶.

Dado que las noticias las cuentan los periodistas y no los historiadores, el poder europeo a menudo se confunde con la debilidad. Pero cuando un país como Rusia firma el Protocolo de Kioto sobre las emisiones de gas de efecto invernadero con el fin de suavizar las relaciones con la Unión Europea, cuando Polonia contrae una tradición de décadas para introducir la protección constitucional de las minorías étnicas y poder así ser admitida en la Unión Europea, cuando un gobierno islamista como el de Turquía abandona las propuestas de su propio partido a favor de un código penal que considere el adulterio un delito penado por la ley para no despertar la ira de Bruselas, o cuando un gobierno republicano derechista tiene que tragarse su orgullo y pedirle a las Naciones Unidas ayuda respecto a Irak, ha llegado el momento de cuestionar nuestras definiciones de poder y de debilidad.

Así pues, podemos ver que se ha desarrollado un nuevo tipo de poder que no puede cuantificarse en términos de presupuestos militares o de tecnología de misiles inteligentes. Actúa a largo plazo y consiste en remodelar el mundo y no en ganar batallas a corto plazo. El poder de Europa es un «poder transformador»⁷. Cuando dejamos de mirar el mundo a través de los ojos de Estados Unidos, podemos comprobar que cada elemento de la «debilidad» europea es en realidad una faceta de su extraordinario poder transformador.

Europa no hace ostentación de su fuerza ni habla de un «único modelo sostenible de progreso», sino que actúa como una «mano invisible», operando a través del armazón de las estructuras políticas tradicionales. La Cámara de los Comunes, los tribunales y los funciona-

rios británicos siguen estando ahí, pero todos ellos se han convertido en agentes de la Unión Europea. No es casual. Al establecer unos criterios comunes que se ponen en práctica a través de las instituciones nacionales, Europa puede extender su influencia sin convertirse en objeto de posibles hostilidades. Mientras que cada empresa, embajada o base militar estadounidense es un objetivo terrorista, la invisibilidad relativa de Europa le permite extender su alcance global sin que se interprete como una provocación. El hecho de que Europa no tenga un solo líder, sino una red de centros de poder unidos por políticas y objetivos comunes, significa que puede ampliarse para acoger a un número de países cada vez mayor sin llegar a derrumbarse, y continuar proporcionando a sus miembros las ventajas de ser el mercado más grande del mundo.

Cuando los europeos hablan a otros países no están interesados en la geopolítica clásica. Empiezan por el otro extremo del espectro: ¿en qué valores se sustenta el Estado? ¿Cuál es su marco constitucional y jurídico? La obsesión de Europa por los marcos legales implica que puede transformar completamente los países con los que entra en contacto, en lugar de limitarse a arañar la superficie. Estados Unidos puede haber cambiado el régimen de Afganistán, pero Europa está cambiando toda la sociedad polaca, desde su política económica y sus leyes sobre la propiedad a su tratamiento de las minorías y lo que se sirve en las mesas de los ciudadanos de la nación.

Europa no cambia a los países amenazándolos con invadirlos: su mayor amenaza consiste en no tener nada que ver con ellos. Mientras que la Unión Europea

está profundamente involucrada en la reconstrucción de Serbia y apoya su deseo de ser «rehabilitada» como Estado europeo, Estados Unidos no ofrece a Colombia esta esperanza de integración a través de organismos multilaterales o fondos estructurales, sólo una «ayuda» temporal a través de las misiones de entrenamiento y colaboración del ejército estadounidense, y la cruda libertad del mercado norteamericano.

Al crear el mercado único interior más amplio del mundo, Europa se ha convertido en un gigante económico que, según algunas estimaciones, ya es el más grande a escala internacional⁸. Pero es el carácter de la economía europea lo que la convierte en un modelo: sus bajos niveles de desigualdad permiten a los países ahorrar en materias como la lucha contra la delincuencia o las prisiones; su política económica de energías eficientes la protegen de las subidas de los precios del petróleo; su modelo social permite a sus ciudadanos disfrutar de un tiempo para el ocio y para estar con sus familias. Europa representa una síntesis de la energía y la libertad derivadas del liberalismo, y de la estabilidad y el bienestar derivados de la socialdemocracia. A medida que el mundo se vaya haciendo más rico y avance más allá de la satisfacción de necesidades básicas como el hambre y la salud, el estilo de vida europeo irá siendo cada vez más irresistible.

En todos los rincones del mundo, los países encuentran inspiración en el modelo europeo y fomentan la asociación con sus países vecinos. Este «efecto dominó regional» cambiará nuestras ideas sobre la política y la economía y redefinirá el significado del poder para el siglo XXI.

EL PROYECTO PARA UN NUEVO SIGLO EUROPEO

Imaginemos un mundo de paz, prosperidad y democracia. Un mundo en el que los países pequeños sean tan soberanos como los grandes. Un mundo en el que lo que importe sea si se cumple la ley y no si se está a favor o en contra de nosotros; en el que los valores democráticos sean más importantes que los logros semanales en la guerra contra el terror; en el que con una población de sólo 400.000 habitantes, por ejemplo, se pueda formar parte de la economía más importante del mundo. Lo que estoy pidiendo es que imaginemos el Nuevo Siglo Europeo.

Este libro no pretende disculpar todos los defectos de Europa. Tiene muchos: desde lo absurdo de su política agrícola a la mezquindad de su política de inmigración; desde la falta de confianza en sí misma que muestra en la escena mundial al exceso de confianza que deposita en el establecimiento de normas. Sin embargo, *sí* constituye un intento de defender a la Unión Europea de sus enemigos: tanto de aquellos que pretenden ocultar sus extraordinarios logros culpándola (a menudo injustamente) de toda clase de males, como de los que en nombre de la causa europea quieren convertirla en otra cosa: un estado federal basado en el modelo estadounidense. Ambos grupos han conseguido sumir a los europeos en la tristeza. Mi propósito es contribuir a liberarnos del yugo opresor del pesimismo que atenaza a nuestro continente antes de que se convierta en una profecía que acarrea su propio cumplimiento.